

za y energía, que le era superior en santidad y experiencia; doblugada por las dulces reglas de la Visitación; asociada á los trabajos de la Madre de Brechard y de la Madre de Favre, tan á propósito para comprenderla y ser comprendidas de ella; desarrollándose con toda la energía de que era capaz en sentido del bien, la Madre Angélica de Port-Royal hubiera tenido una edad madura más brillante que su juventud, y preservada de todo peligro por la obediencia y por la humildad, hubiera llegado á ser, como era capaz, una segunda Madre de Chantal. O bien, lo que era muy posible, aquellos deseos de obediencia, sinceros, por otra parte, ¿no podrían ser en el fondo, y sin conocerlo la misma Madre Angélica, una pasajera ilusión de su espíritu cansado, por entonces, de mandar? Una vez en el claustro esta alma altiva, ¿no hubiera vuelto á su natural? ¿No hubiera roto todos los frenos, sacudido todo yugo, y cansada de obedecer, no hubiera quizá entristecido la vejez de la Madre de Chantal, y deshonorado los principios de la Visitación con una rebelión manifiesta? Inquieta y curiosa, ¿no hubiera tropezado con el jansenismo, que anduvo tan largo tiempo y con tanta insistencia alrededor de los monasterios de la Visitación? ¿No le hubiera introducido en la Orden y hubiera cambiado así en plomo vil el oro purísimo del naciente Instituto? Este es el *secreto de Dios*. Pero ¿qué cuestión es esta de la vocación, tan obscura y terrible, puesto que guías tan experimentados como San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, pueden algunas veces no estar acordes?



CAPÍTULO XXI

Nuevas fundaciones.—La Madre de Chantal sale de París para ir á Lyon, y en el camino funda el monasterio de Dijón.—Última entrevista de San Francisco de Sales y la Madre de Chantal.

1620 — 1622

Los monasterios de la Visitación principiaban á multiplicarse; y ora por las gracias de que colmaba á las fundadoras, ya por las pruebas y sufrimientos que enviaba á las Hermanas, manifestó Dios el amor con que miraba al Instituto naciente.

Había en Montferrand una señora joven, la Condesa de Dalet, emparentada con las familias más distinguidas de Auvernia. Acababa un día de comulgar y se había retirado á una capillita para dar gracias, cuando de repente quedó como arrebatada en éxtasis, y vió con admirable claridad la dicha de las almas que abrazan el estado de la vida religiosa. El éxtasis duró como una hora, al cabo de la cual se sintió toda abrasada de amor de Dios, disgustada de los placeres de la tierra, aspirando al retiro, al silencio, á la obediencia, á la pobreza, y tan mudada, que no se conocía á sí misma.

Nada la había preparado á este favor, porque aunque era cristiana, no sabía ni aun hacer oración. Nada tampoco pudo explicarla por qué ni para qué Dios la había favorecido con una visión tan clara de la feli-

cidad de la vida religiosa, porque estaba casada hacia pocos años, y vivía sumamente feliz con su esposo; era madre de dos hijos y estaba embarazada del tercero, sin que jamás, ni aun cuando era soltera, hubiese pasado por su imaginación la idea de la vida religiosa. Tanto porque no conocía el valor de esta gracia, como por no alarmar á su familia, guardó el más profundo silencio sobre lo que le había pasado, empezando solamente á dedicarse á la oración, llegando á tenerla en muy alto grado, se entregó á la práctica de buenas obras, y para corresponder á lo que parece pedía la merced con que Dios le había favorecido, quiso ayudar de su bolsillo á los monasterios que se empezaban á fundar, y á las jóvenes pobres que deseaban entrar en ellos.

Dos años se habían pasado desde esta visión, que no había comprendido, cuando el 18 de Enero de 1620, el Conde de Dalet murió casi repentinamente, dejando en el más profundo dolor á su joven viuda, que acababa de dar á luz hacia sólo once días á su cuarto hijo. Para distraerla y consolarla un poco, hicieron que viniese á acompañarla su prima, la señorita de Blansac, á quien Dios visitaba de otro modo. Después de seis meses de un fervoroso noviciado, acababa de salir de las Carmelitas de Riom, y se veía obligada, por la debilidad de su salud á volver al mundo, que detestaba, y á renunciar á la vida religiosa, á la cual se sentía fuertemente inclinada. En el momento en que en el umbral del monasterio se separaba, anegada en lágrimas, de los brazos de las buenas Madres Carmelitas, la Priora le dió como recuerdo un librito recientemente impreso en Lyon, intitulado: *Constituciones para las Hermanas religiosas de la Visitación*. Las dos primas emplearon una parte de la noche en leer, ó más bien en devorar este librito; y encantadas de la sabiduría de sus reglas, de la belleza de su espíritu y de la perfección de esa vida

interior, que es su alma, se propusieron trabajar con todas sus fuerzas, á fin de establecer en Montferrand un monasterio de la Visitación. Al formar este propósito, la señora de Dalet no pensaba sino en consolar á su prima y facilitarle el medio de seguir su vocación, pues por su parte tenía ya hecha su elección. Si algún día (lo cual no se atrevía á esperar siendo madre de cuatro hijos) le daba Dios libertad para consagrarse á El, sería hija de Santa Teresa: este era su sueño dorado. Lejos estaba de pensar entonces que Dios la llamaba á ella misma á la Visitación, que entraría después de largos años y de inmensas pruebas, y que sería una de sus más puras glorias y de sus más firmes apoyos.

A la Madre Favre fué á quien San Francisco de Sales encargó la fundación de Montferrand. Llegó á esta ciudad el 7 de Junio de 1620, y tanto por su gran virtud como por la protección de la Condesa de Dalet, el monasterio se estableció sin obstáculos. «Toda la provincia está embalsamada con la virtud de la Madre Favre—escribía poco después la señora de Dalet,—y las mejores familias se tienen por felices en dar sus hijas á una Madre que es la admiración de todo el mundo.» San Francisco de Sales escribía por su parte á la Madre Favre: «En fin, mi muy querida hija, habéis sido acogida con alegría en Auvernia, país de buenos espíritus, y yo espero que en lo porvenir corresponderá la cosecha, y que Dios os concederá los hermosos y buenos frutos de vuestro trabajo. ¡Ah! cuánta alegría siente mi corazón viendo que mi buena Madre está en París, y que mi grande Hija está en Auvernia, cooperando las dos con el Espíritu Santo para un servicio tan digno y tan santo» (1).

Seis semanas después del establecimiento de este

(1) *Fundación inédita del monasterio de Montferrand.*

monasterio, el 21 de Julio, se fundaba otro en Nevers, pero con circunstancias bien diferentes.

Nada hacía presagiar entonces la tempestad que estalló á los principios de este monasterio. La señora Doña María Amada de Morville, esposa del Sr. de Tertre, que acababa de fallecer, era una joven viuda de veintidós años, que San Francisco de Sales había conocido en París, y que muy inclinada al mundo, estaba expuesta en él á los mayores peligros. Con las piadosas conversaciones del Santo, concibió la idea de retirarse á un monasterio en clase de bienhechora; y para separarla de la sociedad de París, á la cual tenía mucho afecto, y á ruego suyo, la envió el Santo Obispo al monasterio de Moulins, gobernado por la virtuosa Madre de Brechard. Fué recibida con todas las atenciones que merecía una persona recomendada por San Francisco de Sales; y algún tiempo después escribía ella á la Madre de Chantal, que en lugar de ser sólo bienhechora del monasterio, quería tomar el santo hábito y vivir en él como verdadera religiosa. Se trataba entonces de tener un monasterio de la Visitación en Nevers, y no había más dificultad que la falta de medios. San Francisco de Sales hizo proponer á la señora de Tertre, que llevaba en dote cuarenta mil libras á la Visitación de Moulins, que no le diese más que treinta mil, cantidad muy suficiente, sobre todo después de la profesión de la señorita de Chastelluz, y que reservase diez mil libras para Nevers. La señora de Tertre consintió en ello con grande alegría, y aun ofreció ser fundadora del nuevo monasterio, y al efecto tomar el santo hábito y profesar en él. No ponía más que una sola condición, y era que la Madre de Brechard fuese con ella. Ni San Francisco de Sales, ni la Madre de Chantal vieron en esto ninguna dificultad, y encargando á la Madre de Brechard fuese á hacer la nueva fundación, enviaron para reemplazarla en Moulins, y como superiora, una religiosa joven

aún, pero excelente, la Madre Paula Jerónima de Monthouz. Pero apenas se supieron en Moulins estas decisiones, no obstante ser tan sabias, cuando se suscitó una especie de motín. Los unos no querían que los bienes de la señora de Tertre fuesen á Nevers; los otros, y eran la mayor parte, contando entre ellos al Mariscal de Saint Gerand, á los regidores y á todo el municipio, no querían que la Madre de Brechard saliese de Moulins. En vano prometía ésta del modo más solemne estar de vuelta á los tres meses; tales eran los temores de perder una religiosa de tanta virtud, que los magistrados prohibieron á la Madre de Brechard salir de la ciudad, y para quitarle todo pretexto y toda probabilidad de marcharse, la misma fundadora fué arrestada en su castillo. Esta es la primera vez que en los anales de la Visitación se ve un hecho que se repitirá después muy á menudo. San Francisco de Sales se admiró y se regocijó, no tanto por el homenaje prestado á la virtud de una de sus Hijas, cuanto por la energía que ésta desplegó en tales circunstancias. Sin desconcertarse por estos obstáculos, la Madre de Brechard, después de haber pedido órdenes á los santos Fundadores, cambió en un momento su plan. En lugar suyo envió á la Madre Paula Jerónima, dándola por compañeras á la Hermana María Elena de Chastelluz y á la Hermana María Jacobina de Mussy, ambas muy estimadas en aquel país; las hizo salir secretamente á las tres de la mañana, y ya estaban muy lejos en el camino de Nevers, cuando ni aun lo sospechaban en Moulins.

Por desgracia, se esperaba en Nevers á la Madre de Brechard, que había alcanzado una gran reputación, y cuando en lugar de ésta se vió á una Hermana joven, de quien no se conocía ni aun el nombre, el disgusto fué general. Como era pequeña de cuerpo y con un rostro muy joven, los señores de Nevers se quejaban de que les hubiesen enviado una niña para superiora de la

casa; le preguntaban sin cesar su edad, el tiempo que llevaba de profesión, haciéndole otras mil preguntas más ó menos irreverentes, no sólo para la Madre, sino para todo el Instituto. Todas las burlas que oímos en Annecy en 1612, y en París en 1619, sobre la blandura de la Visitación, resonaban alrededor del convento de Nevers. No había novicia ninguna, no tenían recursos para vivir, carecían de confesor, y sólo con mil trabajos lograban tener una Misa diaria; todo faltaba á un tiempo, excepto el fervor, la energía, la grandeza de alma; todas las cosas, en fin, que casi nunca faltaron en los principios de la Visitación.

Citaremos un rasgo que merece no ser olvidado aquí. Al ir á Nevers, la Madre Paula Jerónima había llevado los diez mil francos de la señora de Tertre; pero esta señora, que no los había dado sino creyendo que la Madre de Brechard iría á la fundación, viendo que ésta se quedaba en Moulins, y decidida á quedarse con ella, empezó á intrigar para que se los devolviesen. Los abogados á quienes se consultó, declararon que las reclamaciones de la señora de Tertre no tenían fundamento alguno; los amigos y bienhechores del monasterio insistían fuertemente para que no se hiciese caso, y todo el mundo aseguraba que se ganaría el pleito; las consiliarias, viendo el dictamen y la autoridad de todas estas personas, se inclinaban á llevar el asunto á los tribunales. Pero la Madre Paula Jerónima, penetrada del verdadero espíritu religioso, se postró de rodillas en medio de la Junta, y rogó á sus Hermanas, con los ojos llenos de lágrimas, que devolviesen los diez mil francos, y se entregasen confiadamente en manos de Dios. Se hizo así, y el monasterio quedó arruinado; la miseria que era grande, llegó á ser extremada. «Pero si esto no se hubiese hecho—decía la Madre Paula Jerónima,— desde el Capítulo me hubieran llevado infaliblemente al sepulcro, porque no hubiera podido sobrevivir al dolor

de ver despreciar las intenciones de nuestro Santo Fundador.» De este modo el espíritu de San Francisco de Sales principiaba á mostrarse en sus Hijas, revelándose en hechos que sin duda eran del agrado del Padre.

Mientras que desde Annecy dirigía el Santo por sí mismo las dos fundaciones de Montferrand y Nevers, desde París preparaba la Madre de Chantal la de Orleans. La idea de esta fundación se debía á la señora Condesa de San-Pol, de la casa de Longueville, cuyo esposo era Gobernador de Orleans.

En 1619, San Francisco de Sales había permanecido casi un mes en dicha ciudad, en medio de un entusiasmo tal, que cuando iba por las calles era preciso rodearle de alabarderos para que pudiera pasar entre el gentío que se agolpaba. La Condesa de San-Pol había tenido el honor de recibirle muchas veces en su casa, y se había sabido aprovechar para rogarle le enviase algunas Hermanas del nuevo Instituto, á lo cual le había respondido el Santo: «Sí, sí, señora, pues que lo queréis, tendréis Hijas nuestras en vuestra hermosa ciudad de Orleans.» Animada con estas palabras, la Condesa de San-Pol empezó á dar pasos al efecto; pero desde luego empezó á ver levantarse dificultades que no había previsto. Nadie en Orleans quería nuevas religiosas; ni el Obispo, ni la municipalidad, ni el pueblo. Había tantos conventos en este país, que la erección de un nuevo monasterio parecía á todos una sobrecarga inútil. Felizmente una de las cualidades de la Condesa de San-Pol era un santo arrojo que Dios bendecía. Antes de haber desvanecido ni siquiera uno sólo de estos obstáculos, segura de que Dios bendeciría su empresa, escribió á San Francisco de Sales que preparase las Hermanas y las enviase á París, donde haría fuesen á buscarlas. El Santo consintió en ello, y eligió para esta obra, que parecía difícil, á la Madre Claudia Inés de la Roche, que aún no había sido empleada en ninguna fundación, y

que el Santo Obispo reservaba para alguna de importancia. Le dió para acompañarla á la Hermana Ana Margarita Clement, á quien se llamaba entonces la gran novicia, y que fué después tan célebre por sus luces divinas, y la puso al frente de una pequeña colonia de Hermanas, que debía ir dejando en Moulins, en Nevers y París, llevando las restantes á Orleans. En el instante en que esta pequeña colonia iba á partir, vino San Francisco de Sales al monasterio para despedirla, y antes de darle su bendición, hizo á las Hermanas una admirable plática sobre la esperanza, «que la Madre Claudia Inés de la Roche cuidó de conservar, así como la mayor parte de las otras pláticas de San Francisco de Sales (1).» Después, habiendo llegado la hora de la partida, como el Santo era tan amante de sus Hijas, que no se podía ver separado de ellas, subió á un altillo, las siguió con los ojos lo más lejos que le fué posible, y en el momento en que los coches que las llevaban desaparecieron, las envió su corazón con la última bendición (2).

Mientras tanto, la Condesa de San Pol no perdía el tiempo. Su esposo era Gobernador de Orleans, y por su mediación alcanzó el consentimiento de la municipalidad. En cuanto al Obispo, fué en persona á verle á París, le expuso la necesidad de la obra, su diferencia de las que existían, le manifestó los recursos reunidos para verificar la fundación, y viendo que aún titubeaba, le declaró que no le dejaría acostar sin que hubiese firmado la autorización que pedía. Lo hizo, por último, protestando, no obstante, que lo hubiera rehu-

(1) *Anales manuscritos de la Visitación de Orleans.* Noto la palabra con cuidado y alegría. Resulta que la Madre de la Roche fué quien recogió las pláticas llamadas *Entretencimientos de San Francisco de Sales.* Se sabía que el Santo no los había redactado, que habían sido escritos de memoria por las religiosas, pero se ignoraba quién llevaba la pluma: ahora ya no se duda; es la Madre de la Roche.

(2) El mismo manuscrito.

sado á cualquier otro no fuese una tan grande y santa princesa. La Condesa de San Pol volvió triunfante al convento, hizo apresurar los preparativos del viaje, y al día siguiente por la mañana muy temprano se pusieron las Hermanas en camino, dirigiéndose con toda prisa á Orleans para aprovecharse de la estancia del Conde de San Pol en la ciudad. Sin embargo, no estaba todo concluído. La Madre Claudia Inés de la Roche llegó á Orleans el 19 de Septiembre de 1620, y á pesar de tan altas protecciones, fué muy mal recibida. Los Vicarios generales, que ignoraban que el Ilmo. Sr. de L'Aubespine había concedido, en fin, su permiso, rehusaron bendecir la casa y establecer canónicamente la clausura. Apenas quisieron permitir que se dijese Misa en la casa secretamente, á puertas cerradas, y esto porque el día era muy festivo en la ciudad, por ser San Auberto, Obispo de Orleans. Un personaje eclesiástico las preguntó con dureza para qué servían. «Ocupais—añadió—el lugar de buen tendero que trabajara para la ciudad, y al mismo tiempo hiciera la guardia.» A lo que respondió sagazmente la Madre de la Roche: «Yo creo, Señor, que habláis de la guardia del corazón; y puedo aseguraros que no hay una de nuestras Hermanas que no esté vigilante y en guardia contra sus sentidos por temor de que sorprendan la fortaleza de su interior, y en cuanto al trabajo, si nos hacéis el favor de darnos labor para el servicio vuestro, veréis que no somos holgazanas.» Esta respuesta, que corrió por la ciudad, gustó mucho y la opinión varió prontamente. El Sr. Conde de San-Pol habló, y los señores Vicarios se vieron precisados á venir á decir solemnemente la Misa al monasterio. Mas no quisieron permitir que se cantase el *Tedéum*, pretendiendo que aún no era tiempo de dar gracias, pues que nada estaba hecho; que por complacer al Sr. Conde de San-Pol habían dicho la Misa en su presencia, y mandaron á la Superiora y á todas las Hermanas los siguiesen á

una habitación alta para recibir su bendición. Allí hicieron mil preguntas, á las que satisfizo la Madre de la Roche con la sagacidad y solidez que la distinguían, y, por último, la mandaron jurar obediencia al ilustrísimo Sr. Obispo de Orleans. «Nada nos es más agradable—respondió la Madre,—y tanto más cuanto que nosotras somos Hijas de nuestros Ilmos. Prelados, y por tanto, prometemos obediencia al Ilmo. Sr. Obispo de Orleans, en todo lo que sea conforme á nuestras reglas, Constituciones y costumbres.—¿Y para qué son todas estas conformidades?—dijeron los Vicarios.—Porque—respondió la Madre—yo nada puedo prometer al hombre que sea contra Dios; la observancia de nuestras reglas es la primera de nuestras obligaciones, y de tal modo es así, que mejor queremos morir que contravenir á ellas.—Sed, pues, benditas—dijeron los Vicarios generales,—y en nombre de su Ilma., nuestro Prelado, os recibimos en esta ciudad para que observéis esas queridas reglas que tan de veras apreciáis.»

Tal fué el principio del monasterio de la Visitación en Orleans; los hechos correspondieron á estos principios; las Hermanas no se murieron de hambre, pero si se exceptúa esta extremidad, sufrieron muchas veces, en 1620 y en 1621 todos los horrores de la pobreza. Hay cartas de la Madre de la Roche, en que se ve la grande estrechez á que se vió reducido á veces el monasterio de Orleans (1).

Hay que agregar á estas tres fundaciones la de Valence, que se hizo poco después, el 10 de Junio de 1621. La buena Hermana María de Valence, que tomó la iniciativa, dió á la Visitación naciente algo de aquella paz en que su bella alma estaba siempre inundada. En esta fundación no hubo obstáculos que vencer ni oposi-

(1) *Fundación inédita del noveno monasterio de la Visitación en la ciudad de Orleans, pág. 160.*

ciones que dominar. La buena Hermana María de Valence deseaba la fundación, y esto era más que suficiente para las cristianas poblaciones del Delfinado, que miraban á la buena María como á un ángel. A la vuelta de un viaje que hizo á Grenoble, en donde había visto á la Madre de Chantal á la cabeza de su fervoroso monasterio, concibió el proyecto y manifestó su deseo de establecer otro igual en Valence. Al momento se apresuraron, unos á traer dinero, otros á pedir ó conceder las autorizaciones necesarias, y el 10 de Junio de 1621, las Hermanas que llegaron de Annecy entraban en Valence en medio de un gran concurso, y se instalaron solemnemente. De los diferentes monasterios de la Visitación cuyas fundaciones hemos referido, este es el que parece haber sufrido menos pruebas, oposiciones y pobreza (1).

Mientras tanto, San Francisco de Sales, sabiendo que la casa de París estaba sólidamente establecida y viendo que en todas partes, y especialmente en Dijón, Belley y San Esteban-en-Forez se deseaban fundaciones del nuevo Instituto, creyó llegado el tiempo de que la Madre de Chantal saliese de París, donde su presencia no era ya necesaria y volviese á su monasterio de Annecy, que tanto sufría con su ausencia. La escribió, por consiguiente, que pasara á Orleans, Bourges y Nevers, acompañada de algunas Hermanas para ver en qué estado estaban aquellos monasterios; que hiciese al paso la fundación de Dijón y que viniera cuanto antes á reunirse con él en Saboya. En cuanto se supo esta noticia en París, muchas personas importantes escribieron al Santo Obispo para rogarle les dejase aún por algún tiempo á la Madre de Chantal. San Francisco de Sales, firme en su resolución, contestó, no obs-

(1) *Fundación del décimo monasterio de la Visitación, establecido en la ciudad de Valence, pág. 165.*